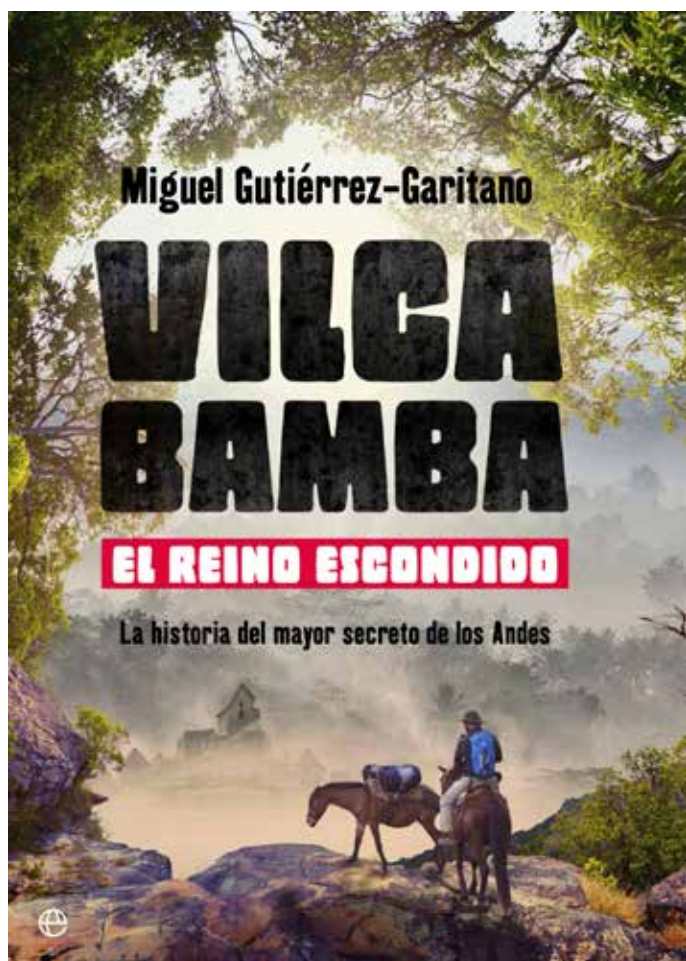


El tiempo congelado de los aventureros

RAÚL ASENSIO



Miguel Gutiérrez-Garitano. *Vilcabamba. El reino escondido: la historia del mayor secreto de los Andes*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2017

Reseña de *Vilcabamba. El reino escondido: la historia del mayor secreto de los Andes*, de Miguel Gutiérrez-Garitano

Miguel Gutiérrez-Garitano forma parte de la nueva hornada de escritores sobre viajes que en los últimos años contribuye a renovar este campo de la literatura en España. Hasta ahora, había centrado su interés en los últimos confines del dominio colonial español, Guinea Ecuatorial y el Sahara Occidental. En este libro, se acerca, sin embargo, a uno de los episodios fundacionales de aquel imperio donde no se ponía el sol: la conquista del Perú. En concreto, su interés está en recorrer y explorar el territorio de lo que fue el reducto neoinca de Vilcabamba, el refugio selvático desde donde los antiguos señores del Cusco resistieron durante cinco décadas la conquista española. El texto es una mezcla de relato de aventuras, exploración e indagación histórica. Reúne varios de los viajes realizados por el autor en la última década, narrados con lujo de detalles, minuciosas descripciones y un lenguaje sumamente asequible.

El libro tiene tres ejes temáticos bien diferenciados, aun cuando su presentación no siempre siga una secuencia precisa. Gutiérrez-Garitano resume primero la trayectoria histórica del imperio neoinca. Esta sección está pensada, sobre todo, para lectores españoles que desconocen los pormenores de la conquista de los Andes. Le sirve al autor para presentar a los protagonistas del drama histórico y reflexionar sobre

Revista Argumentos, Edición N° 3, Año 11, 2017. 72-76
Instituto de Estudios Peruanos
 ISSN 2076-7722

las principales fuentes escritas referidas a aquel periodo. El segundo eje es el relato de las exploraciones llevadas a cabo por aventureros y científicos en busca de los santuarios, fortalezas y ciudades mencionadas en las crónicas. Vilcabamba, nos cuenta Gutiérrez-Garitano, ha sido y es un foco de atención permanente de aventureros y arqueólogos, seducidos por el halo romántico de los últimos incas y por la promesa de autenticidad espiritual andina. Como resultado, contamos con una auténtica tradición de relatos de exploración referidos a esta parte del Perú, entre las más fecundas del continente americano. Finalmente, el tercer eje se centra en las exploraciones del propio Gutiérrez-Garitano, un conjunto de viajes que habrían culminado con el descubrimiento de varias ruinas, hasta entonces desconocidas, en los años 2015 y 2016, que el autor considera como pertenecientes a las épocas wari, inca o neoinca.

Para el lector peruano, las dos últimas partes son las más interesantes. Gutiérrez-Garitano describe con detalle el fascinante mundo de los exploradores vilcabambinos, un ámbito al que en nuestro país, por lo general, se le presta poca atención. Sus principales protagonistas son norteamericanos y, en menor medida, europeos, cuyos trabajos son difíciles de conseguir en el Perú, en parte porque tendemos a considerarlos como superficiales y sensacionalistas, poco más que unos turistas con ínfulas y, a su vez, porque ellos mismos están poco interesados en difundir sus estudios fuera de sus ámbitos de referencia. La tradición de exploraciones vilcabambiana, según narra Gutiérrez-Garitano, habría comenzado a finales del siglo XIX y se consolidaría gracias al éxito de las expediciones de Hiram Bingham. El descubridor de Machu Picchu se habría convertido en un paradigma que sus sucesores habrían tratado de imitar. En una de sus ideas más inspiradas, el autor presenta estos exploradores como avatares del «gran cazador blanco», el mito desarrollado durante la exploración de África, que al trasladarse a nuestro continente habría cambiado las grandes bestias de la sabana por ciudades perdidas de la selva.

Lejos de haberse apagado, Gutiérrez-Garitano nos muestra que esta tradición sigue plenamente viva en la actualidad. Leemos con detalle las aventuras de Gene Savory, Gary Ziegler, Nicholas Asheshov, Peter Frost, Hugh Thompson y los españoles Santiago del Valle y Carmen Martín Rubio. Cada uno con su propia

personalidad y estilo, estos personajes se internaron en la selva cusqueña en busca de las ruinas de la capital neoinca, la famosa Vilcabamba, o de la mítica ciudad del Paititi, a la que, según la tradición, habrían huido los derrotados. En su recorrido, sacaron a la luz restos poco conocidos y dieron lugar a entreveradas polémicas que el autor analiza en las que quizás son las mejores páginas del libro. Gutiérrez-Garitano nos cuenta que, si bien Bingham había situado Vilcabamba en Machu Picchu, esta teoría fue pronto desechada. Más suerte tuvo Gene Savoy al ubicar la antigua capital neoinca en Espíritu Pampa. Aunque el propio Bingham descubrió estas ruinas, les prestó poca atención. Savoy las da a conocer y las difunde en sus tremendamente populares libros y en los incontables documentales en los que participa, reproducidos en canales de televisión de todo el mundo.

Hasta la actualidad, esta teoría es ampliamente aceptada; sin embargo, no todos los exploradores están de acuerdo. Amparado en más de quince expediciones y en un conocimiento exhaustivo de las crónicas españolas, el explorador gallego Santiago del Valle sostiene que Vilcabamba habría estado en las ruinas halladas por él en el valle de Lugargrande, en las faldas del nevado Choquezafra, cerca al río Apurímac. Esta posición también la sostiene Carmen Martín Rubio y parece ser la predilecta de Gutiérrez-Garitano. Ziegler y Frost, por su parte, aún sin entrar en el debate de la capital neoinca, se enfrentaron en defensa de sus respectivos méritos en el descubrimiento de la ciudadela de Cerro Victoria, hallazgo ampliamente difundido por National Geographic Magazine en 2002. En la polémica terció un explorador norteamericano de gran solera, Nicholas Asheshov, quien había estado involucrado en varias expediciones previas, incluido el fallido rescate de la partida integrada en 1971 por un periodista norteamericano y dos especialistas franceses, asesinados en un confuso incidente por indígenas machiguengas.

A través del relato de estos descubrimientos, Gutiérrez-Garitano nos presenta un mundo donde conviven aventureros anglosajones y europeos, revistas internacionales dispuestas a financiar expediciones y a dar pábulo a cualquier presunto descubrimiento, y expatriados asentados en Cusco. Estos últimos compaginan los más diversos negocios con la promoción de un tipo de turismo de aventuras que ofrece la posibilidad, a quien está dispuesto a pagarlo, de con-

vertirse en Indiana Jones durante un fin de semana. El negocio incluye también a familias de guías radicadas en la actual Vilcabamba, especializadas en la búsqueda de «ciudades perdidas», a partir de una suerte de vocación heredada de padres a hijos. Tampoco faltan los hacendados locales, que o bien se alían con los exploradores o, por el contrario, obstaculizan su labor.

Gutiérrez-Garitano es un buen narrador (y muy entretenido) cuando se centra en sus propias exploraciones. Junto con sus colegas españoles y un grupo de guías locales (muchos de ellos heredados de exploradores anteriores), atravesamos los páramos, las punas y las selvas cusqueñas, pasamos frío en los nevados, nos mojamos en los días de lluvia, nos asustamos con las noches de tormenta y somos testigos, en fin, del tipo de avatares que sazonan cualquier buen relato de viajes: encuentros inesperados, descubrimientos casuales que parecen guiados por la mano del destino, rencillas entre los miembros del equipo, accidentes, etc. Un aspecto destacado es la manera en que el autor combina la búsqueda documental y las nuevas tecnologías. Gracias a las fotografías por satélite y al uso de software especializado en el procesamiento masivo de datos, Gutiérrez-Garitano es un explorador autosuficiente: sabe a dónde quiere ir incluso antes de pisar el suelo peruano. Pocas veces cambia de planes, aun cuando los guías locales le sugieran lo contrario.

Los problemas del libro surgen cuando pasamos de esta dimensión narrativa al análisis de las ideas e imágenes que el autor trasmite, ya sea explícita o inadvertidamente. Hay un punto desasosegante en la manera cómo Gutiérrez-Garitano interpela la realidad peruana. O, mejor dicho, en la forma en la que no la interpela. Perú, la selva cusqueña y las cumbres andinas parecen ser solo el escenario de una fantasía preconcebida por el autor. Es el lugar elegido para vivir un sueño moldeado en otras latitudes, a partir de referencias completamente ajenas a la realidad peruana. En cierto sentido, esto ocurre con toda la literatura de exploraciones, empezando por el propio Bingham, tal como han demostrado Christopher Heaney y Amy Cox en sus trabajos sobre la «invención» de la ciudad perdida de Machu Picchu. Pero quizás Gutiérrez-Garitano sea un caso extremo de ensimismamiento. En contraste con las cálidas e incisivas descripciones que

hace de sus colegas norteamericanos y españoles, los personajes peruanos con los que se cruza en sus viajes son sombras con poca sustancia. De algunos sabemos que son muy valientes, generosos o conflictivos porque así nos lo dice, pero sin que estas características tengan un peso sustantivo en el relato. Otros personifican la belleza indígena, la espiritualidad ancestral o la dignidad del vencido. Los vemos moverse y actuar únicamente en función de los intereses (narrativos y vivenciales) del autor. Mientras los europeos tienen personalidad, iniciativa, temores, ansiedades y a veces, incluso, se comportan de manera caprichosa e insoportable, los andinos son seres telúricos, previsibles, producto de las circunstancias y de la historia.

Un ejemplo paradigmático de esta mirada esencializadora es el relato que Gutiérrez-Garitano realiza de su confrontación con un poblador local. Para el autor, se trata casi de una epifanía que le permite ilustrar sus ideas subyacentes sobre el carácter del hombre andino. El incidente se produce cuando la partida de exploradores se topa con un campesino que les niega el paso por sus tierras, acusándolos de ser huaqueros. Gutiérrez-Garitano trata de hacerle entrar en razón, pero el poblador local aparece como un personaje irracional, dominado por las pasiones. Un rencor ancestral condiciona toda su percepción del mundo. «Para nosotros no han pasado siglos —pone Gutiérrez-Garitano en boca de su interlocutor— es como si fuera ayer. Y usted no me va a engañar» (p. 392).

No es un ejemplo aislado. La percepción de tiempo congelado atraviesa de manera transversal todo el libro. Es el elemento clave que le permite a Gutiérrez y a sus compañeros interpretar todo lo que ven y todo lo que sucede a su alrededor. Cada ruina que los exploradores encuentran en su camino es un vestigio del imperio neoinca, cada práctica local es un remanente de tradiciones ancestrales. Todo en Vilcabamba, su paisaje, el carácter de sus gentes e incluso la situación actual de abandono y pobreza, se explicaría por su condición de antiguo reducto neoinca. Los cinco siglos transcurridos desde entonces apenas habrían dejado huella. En Chancavine, una localidad del valle del río Apurímac a la que los exploradores llegan de manera sorpresiva en uno de sus viajes, el relato que Gutiérrez-Garitano hace de su encuentro con las autoridades locales no tiene desperdicio. El

ser andino, telúrico y congelado en el tiempo, reaparece con toda su fuerza. «El recibimiento (...) fue todavía peor, una experiencia entre el surrealismo y el espanto —reseña el autor— respondieron por turnos, con esa manera tan andina de susurrar sin mirar a los ojos, como si en vez de con una persona se departiera con el fantasma de un ancestro muerto hace años» (p. 390).

Gutiérrez-Garitano, hay que reconocerlo, no pretende engañar a nadie. En todo momento se presenta como un explorador más preocupado por seguir sus sueños que por comprender el mundo que lo rodea. Sin ambages, señala que pretende dotar a sus expediciones de «un cierto tufo literario, con reminiscencias y estética decimonónicas». Incluso, no duda, en varias ocasiones, de calificarse a sí mismo de romántico o, más directamente, de «peliculero». No le faltan ni sentido del humor, ni capacidad para burlarse de sí mismo. Su gran referente es Manuel de Iradier, el gran explorador vasco de siglo XIX. En su honor, Gutiérrez-Garitano y sus colegas refundan en su Vitoria natal La Exploradora, la sociedad geográfica creada originalmente por Iradier. También copian la bandera que llevan en sus viajes. Esta manera de situarse en el mundo puede explicar el desinterés que le invade cuando sus contrapartes locales tratan de compartir con él sus inquietudes cotidianas. En un determinado momento, casi hacia el final del libro, el explorador se encuentra junto a uno de sus guías en lo alto de un cerro, mirando hacia los valles que se sitúan más allá, a los cuales ambos saben que no podrán llegar por la complicada situación política del territorio, casi una zona de guerra entre el Ejército Peruano y grupos narcoterroristas. Al principio, Gutiérrez-Garitano inquiere por las ruinas que se podrían esconder en la zona, pero poco a poco la conversación se va deslizando hacia temas más mundanos. El guía le comenta su preocupación por la llegada de campesinos procedentes de Villa Virgen, otra localidad del valle de Apurímac, que amenazarían los pastos tradicionales de los vilcabambinos. «Yo ya no le escuchaba —reconoce Gutiérrez-Garitano— estaba haciéndome mis propias cábalas, porque dos valles más allá estaba mi ciudad perdida» (p. 502).

El mismo desinterés muestra Gutiérrez-Garitano por las dinámicas asociadas a la puesta en valor del patrimonio cultural. En Espíritu Pampa, la ciudad perdida en la que Savoy situaba la mítica Vilcabamba,

da cuenta del crecimiento ocurrido en los últimos años, gracias a la inclusión de las ruinas en los circuitos turísticos. «Tal vez barruntando las posibilidades futuras del yacimiento —escribe el autor— había allí doscientas personas distribuidas por dos docenas de edificios de madera de reciente construcción» (p. 469). Lejos de indagar en los anhelos y las historias de estos nuevos habitantes de la antigua capital neoinca, Gutiérrez-Garitano deja los datos ahí para volver a ocuparse de sus piedras y de las evocaciones que le suscitan. De nada sirve que uno de sus acompañantes, un arqueólogo peruano, le haga notar que «hace una década había aquí una colonia de monos que saltaban de un árbol a otro. También vivían algunas familias de machiguengas, pero en los últimos tiempos, tanto los indígenas como los animales han desaparecido, han migrado hacia el sur, hacia la selva del Amazonas, donde todavía no llega la civilización» (p. 469). Estas afirmaciones no suscitan la curiosidad del autor, ni le merecen ninguna reflexión. Tampoco encontramos referencias a entrevistas con pobladores locales para conocer su percepción de los restos, sus expectativas o el impacto de la creciente llegada de turistas.

Esta falta de interés resulta, en cierto modo, disculpable. Al fin y al cabo, a Gutiérrez-Garitano le interesan las piedras, lo que ellas evocan del pasado mítico, y no las dinámicas actuales del territorio. Quiere encontrar su ciudad perdida. Campesinos, indígenas son solo elementos del paisaje. Están ahí para dotar a la historia de la adecuada dosis de exotismo, lo mismo que las reiteradas menciones del autor a la fragosidad del terreno o a la presencia de narcotraficantes y terroristas. No hay nada de malo en ello; si alguien quiere otra cosa, que escriba otro libro. Más controversiales son, sin embargo, sus afirmaciones con respecto a la práctica de la arqueología en el Perú. Es aquí donde la ensoñación deja paso a un paternalismo lleno de tópicos neocoloniales. Los arqueólogos en Perú, leemos en uno de los párrafos más duros del libro, «tampoco se caracterizan por su denuedo exploratorio, pues rara vez se internan en la selva alejándose de los yacimientos, mucho menos si hacerlo supone un riesgo a cambio de nada» (p. 464). Esta falta de interés, desde su punto de vista, se debería a que «el arqueólogo peruano, a diferencia de su homólogo europeo, en general, no trabaja por mero amor a la ciencia». (p.464).

Y ahí queda la bomba: los arqueólogos europeos trabajan por amor a la ciencia y los peruanos por mero interés. Es posible que estas palabras se expliquen en parte por la desagradable experiencia de Gutiérrez-Garitano con los funcionarios del Ministerio de Cultura de Cusco. Aunque la historia solo está contada a medias en el libro, sabemos que los viajes del autor no siempre fueron bien vistos en la ciudad. Gutiérrez-Garitano sostenía que durante la llamada Expedición Mars Gaming de 2015 había hallado un cementerio prehispánico, probablemente wari, y un emplazamiento inca o neoinca dedicado al ritual del Capacocha o sacrificio de doncellas. Otras versiones, en cambio, interpretan que estos últimos restos eran mucho más recientes, asociados a la explotación minera del cerro durante la época de Odría.

Tampoco gustó la insistencia de los exploradores en su condición de «descubridores» de unos restos que, según se sostiene en Cusco, eran ampliamente conocidos antes de su llegada, tanto por los pobladores locales como por los arqueólogos. Se trata de controversias similares a las que enfrentaron Bingham y muchos otros exploradores que han recorrido la zona en las últimas décadas. En el fondo, y este es quizás el principal aporte del libro (aunque indirecto e involuntario), lo que evidencian estas controversias es la existencia de varias esferas de conocimiento, profundamente desconectadas y sumamente desconfiadas entre sí. El mundo de los exploradores, el de los arqueólogos y la vida cotidiana cusqueña trascurren en paralelo, sin llegar a intersectarse más que en aque-

llos casos donde la legislación peruana lo exige. Lo que para unos es un descubrimiento, para otros es rutina e historia sabida. Lo que para unos es falta de imaginación y acumulación de oportunidades perdidas, para otros es apego a metodologías concretas y rigurosas.

Un último ejemplo sirve para evidenciar esta falta de comunicación. En este caso, el protagonista no es Gutiérrez-Garitano sino Santiago del Valle, otro explorador español, quien en uno de sus viajes, junto a varios montañeros gallegos, realiza la que considera primera ascensión al nevado Choquezafra. «No había noticias de que nadie hubiera llegado nunca a su cima —señala el testimonio incluido en el libro de Gutiérrez-Garitano— tuve el privilegio de hacer la cresta cimera y en mi corta aproximación vislumbré un pequeño hito de piedras. Debajo de ellas había una lata corroída por el paso del tiempo con un papel en su interior, protegido por un plástico quemado en sus bordes y un texto borroso. Se reconocía un nombre A. F. Hartmann, pero su dirección en Alemania estaba borrosa y también el nombre de la expedición. Se leía bien la fecha: el 7 de julio de 1968. Había llegado a aquella cumbre justo cuarenta años y un día antes que nosotros. Hubo cierta decepción por no haber sido los primeros» (p.419). Del Valle se habría ahorrado el esfuerzo y la decepción si antes de subir a la montaña hubiera consultado la prensa cusqueña de la época, que dio amplia cobertura a la expedición de Hartmann.